

sale de un festin pagado entre todos, repartiéndose los restos.

Pero ved si soy yo quien está falto de razon. Un ciudadano (contristame el recordar, dardan frecuentemente nuestras desgracias), un simple ciudadano, por haber intentado tan sólo pasar á Samos, fué castigado de muerte por el Areopago, como traidor á la patria. Otro se habia refugiado en Rodas y, por mostrarse débil en medio de nuestras alarmas, fué acusado de delito contra el Estado. Dividiéronse los votos; con uno solo de más, hubiese sufrido la muerte ó el destierro. Comparemos el presente con el pasado. ¡Un orador causante de todos nuestros males, ha huido de su puesto en el combate, ha huido de la ciudad, y reclama coronas! ¿No rechazareis á ese hombre funesto, azote de la Grecia? ¿No os apodareis de ese pirata, cuyas expediciones oratorias devastan la República?

Pensad en las circunstancias en que vais á juzgar: dentro de pocos dias se verifican los juegos Píticos y la Asamblea de la Grecia. Atenas se encuentra comprometida por los actuales resultados de la política de Demóstenes. Si lo coronais os crearán cómplices de los infractores de la paz general; castigadle y rehabilitareis á nuestra patria.

Pensad, pues, al deliberar, que se trata, no de una ciudad extranjera, sinó de la vuestra. No prodigueis los honores, distribuidlos con tino y poned coronas sobre las

cabezas más dignas. Consultad vuestros ojos como vuestros oídos; ved quiénes han de ser aquí los intercesores de Demóstenes. ¿Quiénes son los amigos de su juventud? ¿sus compañeros de caza ó de gimnasio? ¡Por Júpiter! no en perseguir la caza, no en fortalecer su cuerpo, ha pasado el tiempo: preparar trampas contra los ricos; hé aquí el objeto de sus largos estudios.

¿Qué pensareis de sus maldades cuando diga: como embajador he arrancado á Bizancio de las manos de Filipe; como orador he sublevado la Acarnania, he subyugado á los tebanos? Imagina que los atenienses serán lo bastante simples para creerlo: ¡como si en él tuviesen la diosa de la Persuasion y no un calumniador!

Mas cuando al fin de su discurso llame, para defénderle, á los cómplices de su corrupcion, ved al pié de esta tribuna, en qué os hablo, dispuestos á rechazar su audacia, á los bienhechores de la República. Solon, que rodeó á nuestra libertad con las más hermosas instituciones; Solon, filósofo y gran legislador, os ruega, con su natural dulzura, que no prefirais las frases de un Demóstenes á vuestros juramentos y á nuestras leyes. Aristides, que organizó las contribuciones de la Grecia, y cuyos hijos huérfanos fueron dotados por el pueblo, se indigna ante el envilecimiento de la justicia y exclama: « ¡Pensad en vuestros padres! Armios de Zelia habia traído á Grecia el oro de los medos,

viajero acogido por ellos; enviado del pueblo ateniense, sólo escapo de la muerte para ser desterrado de todas las comarcas de su dominación; y Demóstenes, que no ha traído simplemente el oro de Asia, sino que lo ha recibido por sus traiciones, que aún lo posee, ¡vais, sin sonrojarnos, á ceñirle la frente con aurea corona! » Temístocles, en fin, y los muertos de Maraton, de Platea y las tumbas de nuestros abuelos, ¿creéis que no gemirán, si el hombre que, según confesión propia, ha servido á los bárbaros contra los helenos, es coronado?

En cuanto á mí ¡oh Tierra! ¡oh Sol! ¡oh Virtud! y tú, Inteligencia, Ciencia por la cual distinguimos el bien y el mal, ya he dicho que he socorrido á mi patria. Si el crimen ha sido atacado con la conveniente elocuencia, he hablado según mis deseos; al ménos he quedado muy por debajo de mis fuerzas. Vosotros, atenienses, en vista de las pruebas que he aducido, de las que quizá he olvidado, pronunciad vuestra sentencia según la justicia y el interés de la República.

DEFENSA POR DEMÓSTENES.

Comienzo rogando á los Dioses inmortales que os inspiren hácia mí, atenienses, las mismas disposiciones que siempre he sentido por vosotros y por la República, y que al propio tiempo os persuadan, puesto que así

lo pide vuestro interés, vuestra equidad y vuestra gloria, de que no debéis obligarme á que siga en mi defensa le órden trazado por mi enemigo. Que nada sería más injusto y más opuesto al juramento que habeis prestado de escuchar imparcialmente á las dos partes, lo cual no sólo significa que debéis ser neutrales en vuestro juicio, sino que también debéis permitir al acusado la elección de los medios que crea más oportunos con el fin de justificarse.

Tiene Esquines en esta causa muchas ventajas sobre mí, de las cuales dos sobre todo, ¡oh atenienses! son muy importantes. Los peligros que corremos no son iguales, porque si él no gana su causa, no pierde nada, y si yo me enageno vuestra amistad... Pero nó, no saldrá de mis lábios ninguna palabra aciaga en los momentos en que comienzo á hablaros. La otra ventaja que le favorece consiste en que hay natural inclinación á escuchar con agrado las acusaciones y las calumnias y á oír con disgusto á los que se ven obligados á hablar bien de sí propios, Esquines tiene, pues, en su favor todo lo que concilia la atención simpática de la mayor parte de los hombres: yo sólo tengo lo que les enoja y ofende. Si guardo silencio sobre los actos de mi vida pública, será incompleta mi justificación, y podreis creer que os habeis engañado al considerarme digno de premio. Si me extendo sobre lo que hecho en servicio del Estado, tendré

necesidad de hablar frecuentemente de mi persona. Procuraré hacerlo con toda la medida que me sea posible, y lo que me vea obligado á decir, atribuido; oh atenienses! al que me ha reducido á tener que defenderme.

Creo; oh jueces! que todos convendreis en que este debate es comun á Ctesifonte y á mí, y en que no debo hacer, por conseguir una senteneía favorable, ménos esfuerzos que él mismo. Es triste ser despojado de todo, y más aún el serlo por un enemigo; pero perder vuestra simpatía y vuestro afecto, es una desgracia tantó mas sensible, cuanto que nada hay tan precioso como vuestra estimación. Puesto que son tales las garantías del combate, creo justo y os suplico que escuchéis mi defensa con la imparcialidad mandada por las leyes que estableció Solon, aconsejado por su amor hácia vosotros y hácia la democracia, y de las cuales creyó deber perpetuar el Imperio grabándolas en eternas tablas de piedra y por medio del juramento de vuestros Tribunales. No quiero decir con esto que desconfiase de vosotros; pero veía que las inculpaciones y las calumnias del acusador alcanzarían irremediabilmente al acusado, si vosotros, atentos á los deberes de jueces, no acogieseis favorablemente al segundo orador, y escuchándole con ánimo imparcial, no llegáseis á pronunciar una sentencía justa.

Debiendo dar en este dia cuenta de mi

vida entera como particular y como hombre público, he invocado é invoco de nuevo á los Inmortales. Ante vosotros les pido, sí, que os inspiren hácia mí, en estos ataques de que soy objeto, benévolencia tan completa como grande ha sido en todas ocasiones mi amor á la patria y á mis conciudadanos. ¡Ojalá os dicten los Dioses tambien el decreto que reclaman el honor nacional y la conciencia de los ciudadanos!

Si se hubiese limitado Esquines al objeto de su acusacion, mi primer cuidado seria justificar el decreto del Consejo; pero, puesto que la mitad de su discurso consiste en divagaciones y en falsedades contra mí, creo necesario y justo, atenienses, responder primero á ellas brevemente, á fin de que ninguno de vosotros, extraviado por tales digresiones, pueda escucharme con desconfianza sobre la acusacion misma. Hé aquí la respuesta que á sus invectivas y calumnias contra mi persona doy: ved cuán sencilla, pero al mismo tiempo cuán sólida es. Si vosotros, entre quienes he vivido siempre, me considerais tal como me ha pintado el acusador, imponedme silencio y no dudeis en condenarme; aun cuando los actos de mi administracion os parecieran un prodigio. Pero si me reputais más digno y de mejor origen que él; si, dicho sea con modestia, sabeis que mi familia no rede en honradez á ninguna otra, no lo oceais en lo demás que ha manifestado; por-

que indudablemente todo ha sido producto de su invencion. Por mi parte sólo os pido que la bondad que siempre os habeis dignado dispensarme en otros muchos procesos, me la concedais tambien en el presente.

Insidioso Esquines; ¿has podido tener la simpleza de pensar que, dejando á un lado mis actos políticos, atenderia sólo á rechazar tus insultantes personalidades? Nó, no esperes de mí semejante locura. Tus mentiras, tus calumnias sobre mi administracion serán, por el contrario, el primer objeto de mi exámen. En cuanto á las injurias de que me has sido tan pródigo, más adelante, si se me quiere escuchar, me ocuparé de ellas.

Son tan graves y numerosos los crímenes de que se me acusa, que las leyes castigan algunos con gran rigor y áun con la misma muerte; pero su agresion no tiene otra base que el ódio más encarnizado, el insulto, la difamacion, la invectiva y todas las formas del ultraje. Si fuesen verdaderas sus imputaciones y sus cargos, Atenas no tendria bastantes suplicios para mí. El derecho de hablar al pueblo no debe prohibirse á nadie; pero subir á la tribuna con un plan ordenado de envidiosa persecucion, por los Dioses, ¡oh atenienses! que no es ni regular, ni democrático, ni justo. Cuando Esquines me vió cometer esos enormes crímenes de Estado que ha expuesto con voz teatral, debió en seguida perseguirme legalmente. Si yo merecia, en su concepto, ser denunciado como

traidor, ¿por qué no me denunció! ¿Por qué no hizo que se me formase un proceso segun la forma acostumbrada en vuestros Tribunales? Si las leyes eran violadas por mis decretos, ¿por qué no me acusó de infractor de las leyes? En verdad que el hombre capaz de perseguir á Ctesifonte, por causarme daño, no habria desperdiciado entónces la ocasion si hubiese creido que le era posible confundirme. ¿Me creia culpable ese calumniador de las prevaricaciones que ha enumerado ó de cualquier otro crimen? Pues bien, para todos los delitos tenemos leyes, procedimientos, justicia y severos castigos, que son las armas de que debió usar contra mí. Si esta marcha hubiese seguido, la acusacion actual corresponderia á su conducta pasada. Pero hoy le vemos que, muy léjos de seguir la única senda recta y justa que se le ofrece, y largo tiempo después de haber callado en presencia de los hechos, viene á amontonar cargos, ironias é invectivas, viene á representar una comedia. Además, es á mí á quien acusa. y á Ctesifonte á quien denuncia ante el Tribunal. En todas las partes de este proceso resalta el ódio que me profesa; y no habiéndose atrevido nunca á atacarme de frente, ¡hoy tambien le veis empeñado en herir á otro de muerte civil! En medio de tantas razones como militan en pró de Ctesifonte, esta circunstancia constituye la que más le favorece, porque si nosotros dos teniamos que ocu-

parnos de nuestras querellas, es el colmo de la injusticia comprometer á un tercero.

Por esto se puede ver que todas las imputaciones de Esquines carecen de justicia y de verdad. Pero, sin embargo, quiero examinarlas despacio, y muy particularmente en lo que concierne á las falsedades que ha proferido sobre la paz de mi embajada, para atribuirme sus culpables manejos con Filócrates. Pero conviene y aún es necesario recordaros ; oh, atenienses ! la situación de la Grecia en aquella época, á fin de que consideréis cada acontecimiento en sus relaciones con las circunstancias.

Encendida la guerra de la Fócida, no por mí puesto que aún no habia tomado parte en el Gobierno, ¿cuáles eran vuestras disposiciones ? Deseábais la salud de los fóceos aunque culpables á vuestros ojos. Cualquier revés ocurrido á los tebanos os hubiese alegrado, porque merecian, vuestro resentimiento por abuso que hicieron de su victoria de Leuctra. Todo el Peloponeso estaba dividido. Los enemigos de los lacedemonios eran allí muy débiles para que pudiesen vencerlos, y los jefes que habían colocado al frente de las ciudades carecian de poder. Aquellos pueblos como los demás helenos estaban agitados por interminables discordias. Filipo, testigo de estos males que eran bien públicos, prodiga el oro á los traidores de cada comarca, irrita todos los pueblos, lanza unos contra otros, y después se sirve

de estas faltas comunes y de las rivalidades despertadas para acrecentar su poder y avasallar todo. Debilitados por una guerra tan larga, los tebanos, entónces tan altivos y hoy tan desventurados, se iban á ver forzosemente en la necesidad de recurrir á vosotros. Filipo, para impedir la coalición, ofrece á los tebanos un refuerzo y á vosotros la paz. ¿Qué fué lo que le ayudó á haceros caer, casi voluntariamente, en el lazo ? ¿La cobardía ó la ignorancia de los demás helenos ? ¿Quizá ámbas cosas juntas ? Os veian hacer la guerra, guerra sin fin sostenida por los intereses de todos, como los hechos lo han demostrado ; y sin embargo, ¡ellos no pagaban su contingente en hombres, en dinero, ni en ninguna clase de socorros ! Justamente irritados prestásteis oídos á las proposiciones de Filipo,

La paz fué terminada por las circunstancias, y no por mí como ha dicho ese calumniador. Buscad la causa verdadera de nuestras desgracias presentes, y la hallareis en las iniquidades de los hombres vendidos para hacer esta paz. En el exámen y en la reseña detallada que esta investigación requiere, la verdad es el único objeto que me propongo : si entónces se cometieren faltas graves, yo soy completamente extraño á ellas. El primero que habló de la paz fué el cómico Aristodemo. Apareció en seguida el que redactó el decreto, el hombre que mereció tantas alabanzas por su obra, y que fué-

Filócrates de Agnonto, tu cómplice, Esquines, y no el mio. ¡Ah! ¡Tú debiste ahogarte antes de proferir esa mentira! Los que apoyaron la proposition (y no examino aquí el motivo que los indujo á hacerlo) fueron Eúbuló y Cefisonte. Demóstenes no intervino en esto absolutamente para nada.

No obstante los hechos tan bien establecidos, tan resplandecientes de verdad, lleva su imprudencia hasta atreverse á asegurar que la paz fué obra mia, y que yo impedí á la República el ponerse de acuerdo con los demás helenos. ¡Oh! el más... pero ¿dónde encontraré palabra bastante injuriosa para calificarte? Cuando, presente en Atenas, me veias perjudicarla tanto, apartándola de una alianza cuyas ventajas acabas de ensalzar teatralmente, ¿por qué no estalló tu indignacion? ¿Por qué no viniste á ilustrar al pueblo y descubrirle esos crímenes de que hoy me acusas? Si para excluir á la Grecia del tratado me vendí á Filipo, debiste romper el silencio, gritar, protestar y probar mi traicion. Nada hiciste, sin embargo, nadie te oyó levantar la voz; pero ¿qué habria dicho, atenienses, aunque hubiese hablado? Entónces no mandaste ninguna embajada á los helenos; hacia mucho tiempo que habian manifestado sus intenciones, y por consiguiente todo lo que el acusador dice sobre este punto es un tejido de embustes. Además de esto, ofende á la República con sus calumnias. Habla de haber llamado á los

helenos á la guerra cuando mandábais comisionados á Filipo para concertar la paz; esto habrio sido convertirse en Euríbatés, no en republicanos y hombres de honor! ¿Con qué designio habriais enviado entónces los embajadores? ¿Con el de proponer la paz? Toda la Grecia gozaba de ella. ¿Con el de excitar á la guerra? Vosotros mismos deliberábais para terminarla. Es, pues, evidente, que yo no fuí el instigador ni la causa de esta primera paz, y que todas las demás imputaciones de Esquines son falsas.

Concluidas las hostilidades, examinad aún qué partido tomamos uno y otro. Vereis cuál combatió sin descanso por Filipo, y cuál trabajó por vosotros sin más propósito que el bien de la patria. Como miembro del Consejo, propuse un decreto ordenando á los embajadores que navegasen á toda vela hácia el lugar donde supiesen que se encontraba Filipo, para recibir su juramento. El decreto se expidió y, sin embargo, no quisieron obedecerle, á pesar de que se cumplimiento era de gran importancia, segun podreis comprender en seguida. Un largo intervalo entre el tratado y el juramento favorecia los intereses del Príncipe, y uno corto favorecia los intereses de Atenas. ¿Sabéis por qué? Porque desde el dia en que pensásteis, no ya en jurar la paz, sinó en oír proposiciones para ella, abandonásteis todos vuestros preparativos de guerra, mientras que él aumentaba, por el contrario, la

actividad de sus operaciones. El discurría con acierto, que todo lo que hubiese arrebatado á la República ántes de comprometerse por el juramento, podria conservarlo sin que nádie se atreviese á romper por esta causa los tratados. Penetré sus intenciones, ¡oh atenienses! y propuse ese decreto que mandaba ir á buscarle á toda prisá y exigirle el juramento. Así la paz habria sido jurada, sin que los traces, vuestros aliados, hubieran perdido las fortalezas de Serrhium, Mirthium y Egisque, que Esquinos acaba de destruir en su discurso, sin que Filipo, después de haber invadido los puntos más importantes, se hubiese hecho dueño de toda la comarca; sin que el aumento de sus rentas y de su ejército le facilitase la ejecucion de sus demás empresas: no ha dicho nada Esquines de este decreto; pero al referirse á que opine en el Consejo por que se admitiesen á vuestra audiencia los embajadores, me ha inculcado cruelmente. ¿Y qué otra cosa debia hacer? ¿Apartarlos de vuestra presencia; Habian venido expresamente para conferenciar con vosotros. ¿No hacer que el empresario les diese localidades en el teatro? Por dos óbolos las habrian adquirido. ¿Debía acaso inclinarme á que se economizasen esas mezquindades, y después, como esos traidores, vender el Estado entero á Filipo?

Redacté ese decreto mirando á nuestros intereses y nó á los de Filipo. Nuestros leyes

les embajadores pensaron de otro modo, y estuvieron tres meses en Macedonia, hasta que volvió el Príncipe conquistador de toda la Tracia. Pudieron, sin embargo, en diez dias, ¿qué digo en diez dias? en tres ó cuatro pudieron llegar al Helesponto y salvar las fortalezas, recibiendo el juramento de Filipo ántes de que las hubiese tomado. No habria tocado á ellas estando nosotros presentes, á ménos que no hubiese querido prestar el juramento, en cuyo caso le habríamos negado la paz, impidiendo que la tuviese al mismo tiempo que las plazas. Tal fué en esta embajada el primer golpe de habilidad dado por Filipo, la primer vileza concertada por esos traidores enemigos de los Dioses. Desde entónces, lo confieso, les declaré la guerra; ¡guerra sin tregua hoy, mañana y siempre!

Pero ved ahora una perfidia aún mayor. Dueño de la Tracia por lo desobediencia de uestros negociadores, Filipo jura la paz y les compra la prolongacion de su permanencia en Macedonia, hasta que él hubiese terminado los preparativos de su expedicion á la Fócida. De este modo, no recibiendo de vuestros diputados noticia alguna de las intenciones que animaban al Monarca, vosotros no os embarcaríais para acudir á las Termópilas y cerrarle el paso como ántes, ni podríais conocer sus designios hasta que ya fuese tarde para impedir que atravesara el desfiladero. Pero, á pesar de esto, Filipo

se hallaba en una situación muy difícil, porque no obstante su prontitud en apoderarse de aquel punto, la nueva de sus movimientos podia induciros á socorrer á la Fócida ántes de que fuese avasallada y arrebatarle su presa. Le preocupaban tanto estos temores que, separando á Esquines de sus compañeros, dió á este infame mayor salario para que os presentase los relatos y os diera los consejos que han producido tantos males.

Ciudadanos de Atenas, os pido, os suplico que recordeis en el curso de todo este debate, que si Esquines se hubiese ceñido al acto de la acusacion, yo no me permitiría ninguna digresion; pero siendo así que no hay imputaciones ni calumnias de que no haya hecho uso, fuerza será contestar en pocas palabras á cada uno de sus ataques. ¿Quéos decía entónces Esquines en aquellos discursos que después fueron tan fatales? « Que la presencia de Filipo en las Termópilas no debía alarmaros. Permanced tranquilos, decía, y todo marchará conforme á vuestros deseos. Dentro de un par de días sabreis que se ha hecho amigo de los pueblos contra los cuales, marcha, y enemigo de los que ahora gozan su favor. No son las palabras, seguía diciendo con entusiasmo, las que cimentan las amistades, sinó la comunidad de intereses; y todos sabeis que Filipo, la Fócida y Atenas están igualmente interesados en librarse de la estúpida altivez

de los tebanos. » Muchos se dejaban seducir por este lenguaje, á causa de su ódio secreto contra Tebas. Pero ¿qué sucedió muy pronto? Los infortunados fóceos fueron destruidos y sus ciudades arrasadas; y vosotros, confiados en las palabras de ese traidor, tuvisteis que abandonar los campos, ¡mientras que él cobraba dinero! Pero hubo aún mas: los enemigos declarados de Atenas, los tebanos y tesalios, dieron gracias á Filipo.

En una carta dirigida á vosotros, Filipo hace á sus aliados esta declaracion: « He obrado á despecho de Atenas y en su daño. Si sois sensatos, tebanos y tesalios, la mirareis como enemiga, y pondreis en mí toda vuestra confianza. » Hé aquí en otros términos, lo que quiere dar á entender. Con esta política redujo estos pueblos y les quitó todo sentimiento de prevision, hasta conducirse con ellos como un verdadero soberano. De aquí las calamidades que hoy sufren los tebanos. Y el que ha trabajado de acuerdo con Filipo para inspirar tan fatal confianza, el que valiéndose de falsos relatos ha juzgado con vosotros, es el mismo que ahora gime los infortunios de Tebas y que los pinta de una manera lamentable; ¡él, que es el autor de esos desastres y de los que ha sufrido la Fócida, y de todas las desventuras de la Grecia! Sin duda, Esquines, lloras con el recuerdo de tales acontecimientos, sin duda te afliges por la suerte de los tebanos; ¡tú, que habiéndote hecho propietario en Beocia,

cultivas los campos que ellos poseyeron ! ; Y yo, entretanto, dices que me alegro de sus males; yo, á quien el destructor de Tebas se apresuró á señalar como una de sus víctimas ! Pero he tocado á un punto del cual será mejor ocuparnos más adelante. Voy á probar que la venalidad y el crimen han causado nuestras desgracias actuales.

Cuando por medio de las mentiras de los embajadores vendidos á él, engañó Filipo á Atenas y á la Fócida y destruyó las ciudades de ésta, ¿qué fué lo que sucedió? Los infames tesalios, los estúpidos tebanos, admiraron al Monarca, que era para ellos amigo, bienhechor y liberador, negándose á escuchar á quien pretendía desengañarles. Vosotros aunque indignados y llenos de desconfianza, respetásteis la paz. ¿Qué podíais hacer estando solos? Los demás griegos, engañados como vosotros y con las esperanzas perdidas, acariciaban esta paz que desde hacia tiempo era tambien para ellos casi tan desfavorable como la guerra. Explicase esto observando que cuando en sus correrías Filipo subyugaba á los ilirios y los triballos y aún á algunas ciudades griegas; cuando acaudillaba bajo sus banderas numerosos ejércitos y corrompia á todos los Esquines que á favor de la paz viajaban por sus Estados, entónces mismo hacia una verdadera guerra á todos los pueblos á quienes sus actos amenazaban. Si no lo conocieron, esa es otra cuestion que nada dice en contra mia,

puesto que no he cesado de predicar, de protestar, tanto aquí como en los demás puntos á donde he sido enviado. Pero las Repúblicas se hallaban invadidas de un mal general; ministros y magistrados estaban comprados y vendidos; los ciudadanos y los pueblos carecian de prevision ó se dejaban ofuscar á la luz del dia, por no salir de su reposo indolente. Extraño contagio lo penetraba todo; cada uno imaginaba que por si solo podria salvarse de la tormenta y que en medio del peligro comun encontraria un puerto de refugio. En pago de esta incuria, profunda é intempestiva, los pueblos han ganado la servidumbre; y los jefes, que creyeron venderlo todo ménos ellos mismos, han conocido al fin que fueron los primeros en venderse. En vez de los títulos de huéspedes y amigos que recibian con el dinero, hoy resuenan en sus oídos los de aduladores é impíos, y otros muchos no ménos dignos de sus maldades. Nunca se enriquece á un traidor por servir sus intereses; sucede al contrario que una vez aprovechada su deslealtad, se le olvida y desprecia, y ciertamente que si las cosas no sucedieran de este modo, nadie seria tan afortunado cómo los traidores. Pero nó, es imposible que se les estime; ántes bien, el ambicioso que llega á dominar apoyado por ellos, se convierte en el tirano de los que le han prestado su ayuda, y conociendo entónces la perversidad de tales hombres, sólo tiene para ellos ódio,

desconfianza y persecuciones. Consultad los hechos que, conservados por el tiempo, pueden siempre estudiarse por los sábios. Las-tenes fué llamado el amigo de Filipo hasta que le entregó Olinto: Timolao hasta la ruina de Tebas, y Eudicos y Simos de Larisa hasta que le sometieron la Tesalia. Pero muy pronto, perseguidos, infamados, agobiados de males, han huido errantes por toda la tierra. ¿Qué ha encontrado Aristrato en Siciona? ¿Qué ha encontrado Perilaos en Megara? ¿Sólo aborrecimiento y desprecio! De todo esto se deduce que tú, Esquines, y tus infames cómplices, debeis vuestros suntuosos banquetes al ciudadano más celoso por la patria; al más elocuente para combatir la traicion; y que si todavía vivís, si todavía se os paga, es por esta multitud que lucha contra vuestras maquinaciones. Abandonados á vosotros mismos, hace mucho tiempo que estaríais perdidos.

Mucho pudiera decir aún sobre esta época; ¿pero no he dicho ya harto? La culpa, en todo caso, será de ese hombre, pues el ha derramado sobre mí la repugnante hez de sus traiciones y crímenes, y me obliga á purificarme ante jueces más jóvenes que los sucesos. Quizá os habré fatigado, puesto que antes de que yo pronunciase una palabra ya conocíais hasta dónde llegó entonces su venalidad; ¿confunde la hospitalidad y la amistad! Dice que le vitupero el ser huésped de Alejandro. ¿Yo vituperarte la amistad de

Alejandro! ¿Cuándo la has adquirido? ¿Con qué títulos? Nó, yo no puedo llamarte ni el amigo de Filipo, ni el huésped de Alejandro, ni soy tan insensato. ¿Cuándo has visto que los segadores y las demás gentes que ganan un salario se llamen los amigos y los huéspedes de quien les paga? ¿Nó, estos nombres no te convienen ni pueden convenirte! Mercenario de Filipo ántes, mercenario de Alejandro ahora, así es como yo te designo y como te designan todos los que me escuchan. ¿Lo pones en duda? Pues pregúntales... ó más bien, yo les preguntaré por tí. Decidme, ciudadanos de Atenas, ¿es Esquines el huésped de Alejandro, ó es su mercenario... Ya oyes la respuesta.

Quiero, sin embargo, justificarme sobre la acusacion misma y exponeros mi conducta. Que Esquines oiga, aunque no lo ignora, por qué acciones declaro merecer el premio propuesto en el decreto, y otros aún mayores. — Toma y lee el acta de acusacion.

(Lectura de una acusacion de Esquines contra Ctesifonte, por haber propuesto éste conceder una corona de oro á Demóstenes, en la solemnidad de las grandes Dionisiacas, para recompensarle su virtud, su lealtad y su celo por Atenas y por toda la Grecia. El acusador negaba los merecimientos de Demóstenes y fundaba su acusacion en que las leyes prohiben: 1º Insertar falsedades en las actas públicas. 2º Coronar á un ciudadano responsable de cuentas no rendi-

das aún. 3.º Proceder al acto de la coronación en las fiestas citadas, y en la escena, durante las tragedias nuevas. — Pedia una multa de cincuenta talentos.)

Ved ahí ; oh, atenienses ! lo que Esquines ataca en el decreto ; hé aquí por dónde espero establecer claramente el orden de mi defensa. Seguiré el mismo que el acusador, y cada punto será debatido sin ninguna omisión voluntaria. Dice el decreto que no ceso de prestar servicios al pueblo con mi conducta y mis palabras ; alaba el interés que me inspira y mis desvelos por proporcionarle todas las ventajas que me son posibles ; por consiguiente, estas son cosas que pertenecen á mi vida pública. Examinadla, y encontrareis la verdad ó la mentira que encierran las palabras de Ctesifonte. Decidirá este exámen si es justo concederme la corona, y si merezco que la proclamación se haga en el teatro, sin que haya necesidad de añadir : *después de la rendición de cuentas.* Debo citaros también las leyes que autorizan el decreto de Ctesifonte. Tal es, ; oh atenienses ! el plan de mi defensa. Entro á ocuparme, pues, de mis actos oficiales, pero no creais que me extravió del objeto de esta causa aunque haga referencia á mis discursos y á lo que he realizado en favor de la Grecia. Considerar falso el decreto que atribuye á mis acciones y á mis palabras un fin patriótico, es obligarme á hacer una reseña completa de mi conducta pública. Debo

observar también que entre las diversas gestiones del Gobierno, yo me he ocupado con preferencia de los asuntos generales de la Grecia, y que á este punto deben referirse mis demostraciones.

Dejemos aparte las usurpaciones hechas y conservadas por Filipo, ántes de que yo apareciese en la tribuna y en el Gobierno, puesto que de nada de lo que entónces acaeció puede culpárseme. En cuanto á la resistencia que se le opuso desde aquella época en adelante, la recordaré sin ambages, después de algunas consideraciones preliminares.

Filipo contaba con una ventaja inmensa. En todos los Estados helenos habia traidores prontos á venderse : multitud de hombres enemigos de los Dioses, de que no hay ejemplo en la historia del pasado. De ellos, como de auxiliares, se servia el Macedonio. Todos los pueblos griegos se hallaban agitados por la guerra civil ; él procuró aumentar sus disensiones, en unas partes valiéndose de la mentira, en otras de las dádivas y de los demás medios de corrupcion : de este modo hizo pedazos todos los Estados helenos, cuyo único interés consistia en impedir que se engrandeciesen. Mientras que se destrozaban en luchas intestinas, sin ver la tempestad que se cernia cada dia más amenazadora, examinemos, ciudadanos de $\delta\epsilon\alpha\gamma\tau\iota$ nas, la actitud que debia tomar la República, y tened en cuenta que yo fui quien aconsejó lo que entónces se hizo.

Esquines, díme, ¿debía Atenas desmentir su valor y su grandeza, y mezclarse á los tesalios y dolopos para conquistar á Filipo el imperio de la Grecia, para destruir la gloria y los derechos de nuestros antecesores? ¿O era necesario que, sin cometer una infamia tan evidente, se mantuviera en la indiferencia á la vista de las desgracias, largo tiempo presentadas, que cada vez se hacían más inevitables? Que responda mi iracundo acusador; ¿qué partido cree que debía haber tomado la República? ¿El partido que conducía á la ruina y la deshonra de la Grecia, que fué el que tomaron los tesalios y sus vecinos? ¿El de permanecer neutrales aguardando los sucesos favorables para aprovecharlos, como hicieron los de la Arcadia, Argos y Mesenas? La mayor parte de estos pueblos, ó todos mejor dicho, han sufrido más que Atenas. Aun cuando Filipo vencedor se hubiese vuelto en seguida y terminado las hostilidades sin insultar á ningún aliado de dichos pueblos ni á ninguno de los demás helenos, habría severos cargos que dirigir contra los que no se hubiesen opuesto á sus campañas. Pero si vemos que privó á todos igualmente de dignidad, de poder, de libertad y destruyó las formas democráticas donde quiero que le fué posible, ¿no habrá que conceder que las resoluciones aconsejadas por mí, fueron las más útiles y decorosas!

Di, Esquines, ¿qué debía hacer la Repú-

blica viendo que Filipo se abría un ancho camino para llegar á la soberanía de la Grecia? ¿Qué proposiciones, qué decretos debí presentar yo que era Consejero del pueblo y, sobre todo, Consejero del pueblo de Atenas? ¿Qué conducta debí seguir cuando estaba convencido de que siempre mi patria había luchado por la preeminencia, el honor y la gloria, y de que por una noble emulación había sacrificado en beneficio de todo el resto de la Grecia más hombres y más dinero que toda la Grecia junta para atender á su propia defensa? ¿Qué debí hacer cuando veía á Filipo, nuestro enemigo, animado por el afán de dominar, hasta el punto de que después de haber perdido un ojo, de tener rota una clavícula, y una mano y una pierna estropeadas, todavía ofrecía voluntariamente á la Fortuna la parte que prefiriese de su cuerpo, siempre que le dejase vivir gloriosamente con el resto? ¿Quien se habría atrevido á decir que un bárbaro, nacido en Pella, pueblo entónces sometido y oscuro, debía tener un alma tan grande que aspirase al imperio de la Grecia? ¿Quién había de creerlo capaz de concebir este pensamiento? ¿Quién se habría atrevido á creer que vosotros, atenienses, vosotros, á quienes cada día se ofrecen en la tribuna y el teatro recuerdos de las virtudes de vuestros padres habíais de ser tan pusilánimes que corriéseis á entregar á Filipo la Grecia encadenada? Nó, semejante pensamiento no

era posible. Sólo quedaba, pues, que oponer vuestra justa resistencia á sus injustas empresas. Así lo hicisteis desde el principio por interés y por honor, y declaro que á ellos induje con mis decretos y mis consejos mientras tomé parte en el poder.

¿Qué debí hacer? Te lo pregunto de nuevo, Esquines. Imposible era olvidar á Anfipolis, Pidna, Potidea, el Haloneso, Serrihum y Dorisco conquistadas, á Pepareté saqueada, y otros muchos atentados cometidos contra la República; pero quiero suponer que los olvidase. Decias que al hablar de estos hechos, mis palabras habian atraído á Atenas la enemiga de Filipo, siendo así que todos los decretos de entónces fueron de Eúbulo, Aristofon y Diofito, y no míos; ¿escuchas, orador deslenguado, lo que estoy diciendo? No me ocuparé ahora de este asunto. Pero quiero que se diga: el que se apropiaba la Eubea y la convertia en un baluarte para inquietar á Atica; el que ponía sus manos en Megara, arrasaba á Pormos, tomaba á Oreos, instalaba como tiranos, en este último punto, á Filístides y en Eretria á Clitarco; el que dominaba el Helesponto, asediaba á Bizancio y destruía las ciudades griegas ó llevaba cautivos sus habitantes; el autor de estas agresiones, repito, ¿no atropellaba la justicia y los tratados? ¿No alteraba la paz convenida? ¿Y no era necesario que algun pueblo de la Grecia se levantase á detenerle? Si se niega esta necesidad, si

la Grecia debia ser, como se ha dicho, una presa abandonada sin defensa á la rapacidad, áun existiendo todavía dignos atenienses, concedo que nos hemos agitado inútilmente yo al daros mis consejos y vosotros al seguirlos, y pido que todas las faltas y todas las culpas recaigan sobre mí sólo. Pero si muy por el contrario, era preciso oponer una barrera, ¿á qué otro pueblo sinó al pueblo de Atenas correspondia presentarse el primero? A conseguir esto dirigí entónces todos mis conatos. Viendo que Filipo corrompía á los hombres influyentes, me hice su adversario, y me ocupé siempre en descubrir sus propósitos, en aconsejar á los pueblos que no se sometiesen al yugo de un macedonio.

Por lo que hace á la paz, Esquines, él fué quien la rompió apresando nuestras naves, y de ningun modo Atenas. Que se busquen los decretos y su carta y que se lean sucesivamente. El exámen de estos documentos dará á conocer cuál es la culpa y quién es el culpable.

En ellos no se hace mencion de Demóstenes, ningun queja se dirige contra él. ¿Por qué, pues, cuando Filipo acusa á otros se calla sobre mis acciones? Porque designarme habria sido evocar sus injusticias por mí descubiertas y por mí combatidas. Se dirige al Peloponeso y al momento propongo una diputacion para enviarla al Peloponeso; se dirige á la Eubea y propongo otra para la Eubea;